

El estudio empírico de la familia como unidad

Por Juan-Luis RECIO ADRADOS*

Introducción

La filosofía social tradicional pudo darse por satisfecha al afirmar que la familia es una comunidad natural jurídica, moral, educativa y económica así como una célula esencial de la sociedad. Recientemente algunos teóricos de la familia han llegado a afirmaciones radicalmente opuestas. Para David Cooper la unidad familiar es un pacto para un secreto suicidio ya que priva al individuo de toda espontaneidad y autenticidad.

Han sido las ciencias experimentales del hombre, herederas del espíritu de la Ilustración, las que —alejándose de todo dogmatismo— se han esforzado en desentrañar y verificar qué clase de unidad, si alguna, se da en la cambiante realidad psicosocial de la familia moderna. La orientación que preside estas ciencias es, por su naturaleza, positiva, no normativa.

Tratando de esquematizar los enfoques de estudio de la familia que, con mayor o menor rigor, se consideran científicos, podemos englobarlos en tres vertientes principales:

- 1) el enfoque sociológico estructural-funcional
- 2) el enfoque filosófico-social del materialismo histórico y del neomarxismo que se considera a sí mismo "científico" en un sentido peculiar
- 3) el enfoque psicosociológico que admite múltiples variantes, una de las cuales elegimos en nuestro artículo para desarrollarla con alguna detención: la del estudio de la familia como totalidad desde la perspectiva del interaccionismo simbólico en relación estrecha con la teoría de los roles.

Para el marxismo, la familia en las sociedades burguesas es ante todo el órgano reproductor de la sociedad de clases. Ante este hecho fundamental, al marxismo le resulta intrascendente el estudio de los procesos por los que la familia se configura como grupo o como una totalidad. Únicamente interesa el estudio de la socializa-

J. L. RECIO-ADRADOS

ción en la familia trabajadora, pues ella puede contribuir a la revolución socialista, aunque su contribución sólo será válida cuando la evolución de las fuerzas productivas haya alcanzado un grado determinado de madurez entrando en contradicción con las relaciones sociales existentes en la sociedad. Es decir, la familia no interesa al marxismo sino en función de su esquema político previamente elegido. Para Lenin, por ejemplo, la liberación de la mujer sólo se dará en la sociedad comunista. Partiendo de este dogma, es lógica su insistencia en incorporar a todas las mujeres a la lucha socialista por coincidir con la lucha por la propia liberación.

El *a priori* del que parte la teoría estructural-funcionalista de la familia es, a su vez el postulado de la bondad fundamental de la sociedad capitalista. Tampoco le interesa la familia a este sistema sino en cuanto rueda del engranaje de aquella sociedad.

Es cierto que los estudios empíricos que tratan de relacionar la familia con variables independientes y dependientes de la sociedad global son más numerosos en el ámbito occidental que en los países comunistas con el mayor grado de dogmatismo y rigidez en su sistema político-cultural. Pero sólo un estudio comprehensivo que considere en sucesivas etapas la familia como sistema cuasi-cerrado con un dinamismo relativamente autónomo y como sistema abierto a los influjos de la sociedad global puede hacer justicia a la realidad. La psicoterapia familiar y la psiquiatría social vienen cultivando con diversos enfoques este campo de estudio al adoptar la familia, y no el individuo, como objeto de su análisis con fines curativos.

El estudio de la familia como totalidad

No podemos resumir aquí la variedad de diseños y técnicas de investigación con que se ha estudiado a la familia desde mediados del siglo pasado con el alborar de las ciencias de la conducta humana. A título de ejemplo podemos recordar los estudios de las familias trabajadoras europeas de Le Play.

El psicoanálisis vino a proporcionar pistas de singular valor para el estudio de la familia, pero su esfuerzo se centró en el individuo y más en los aspectos irracionales o negativos de su socialización infantil en el seno de la familia que en los aspectos creativos, evolutivos y enculturativos. La familia como totalidad no recibe sino una luz menguada y sesgada del psicoanálisis, aunque sin duda imprescindible.

La mayor parte de la investigación sociológica ha sido realizada con enfoques estructural-funcionalistas y ha tomado al individuo (padre o madre, esposo o esposa, hijo o hermano) como unidad de análisis. Por medio de técnicas tipo *survey* se han estudiado los aspectos normativos de los roles familiares (actitudes, opiniones o expectativas acerca de la conducta apropiada a las personas que ocupan las distintas posiciones en el grupo familiar), los cambios cuantitativos y cualitativos de los agregados demográficos y sus relaciones con las variables socioeconómicas principales,

LA FAMILIA COMO UNIDAD

sobre todo en el contexto de los fenómenos de la industrialización y urbanización, la estructura del grupo familiar, la conducta prematrimonial, los roles conyugales, etc. Todos estos estudios, sin duda necesarios e importantes, muy poco o nada nos dicen de los procesos internos de la interacción familiar, que a la vez son afectados y afectan las condiciones sociales en que se desarrollan.

Con ser la sociología de la familia una de las sociologías especiales con mayor número de investigaciones empíricas, que se traducen en una bibliografía gigantesca, son muy escasos los estudios que han tomado como objeto la familia como unidad o como totalidad, señal inequívoca de las dificultades de orden teórico y metodológico que acechan al estudioso de un campo apenas explorado.

Son tres los motivos principales que han despertado nuestro interés por este enfoque difícil y sugestivo del estudio de la familia. El primero es el haber conocido de cerca al profesor Gerald Handel y su enfoque "holístico" o global del estudio de la familia. El segundo motivo son las posibilidades de aplicación que este enfoque presenta en el campo de la psicoterapia familiar del que en cierto modo deriva y al que creemos puede rendir nuevos frutos. Por último, creemos que un estudio científico de la familia ha de ser comprensivo y, por tanto, no puede ignorar ninguno de los enfoques que han contribuido con intuiciones y hallazgos sólidos a una mejor comprensión de la estructura y la dinámica familiar. En consecuencia, estimamos que la psicociología de la familia necesita contribuciones teóricas y empíricas que permitan conectar los hallazgos de la micro —y de la macrosociología de la familia. La desconexión actual puede obedecer a las dificultades de conceptualización y verificación empírica de los problemas, pero también cabe descubrir un factor ideológico conservador en acción, tanto por el extremo de una investigación funcionalista o de un filosofar que se dice "científico" marxista (pero que él mismo tiene claras connotaciones funcionalistas) como por el extremo de una microsociología excesivamente intimista, resignada a ignorar los condicionamientos socioeconómicos de la familia.

Una sociología y una psicoterapia complexiva de la familia deberán tener en cuenta los principales esquemas interpretativos existentes sobre la familia como totalidad psicosocial, como agregado demográfico, pero también como unidad de producción y consumo y como órgano reproductor de la sociedad de clases. La elección y utilización de cada uno de estos marcos conceptuales —en todo o en parte— será la responsabilidad del psicoterapeuta bien informado y adiestrado.

Entre los pioneros en la consideración de la familia como un todo y en el estudio de familias completas mencionaremos ante todo al sociólogo E.W. Burgess (1), a los psiquiatras Don Jackson (2) y Nathan Ackerman (3), el antropólogo Oscar Lewis (4) y a los sociólogos Robert Hess y Gerald Handel (5). Burgess describía en 1926 a la familia como "una unidad de personalidades en interacción", lo que suponía la eventual consideración de todos sus miembros como variables independientes en contraposición al tradicional modelo causa-efecto para el que sólo los padres po-

J. L. RECIO-ADRADOS

dían ser variables independientes. Jackson y Ackerman, entre otros, estudiaron la familia como grupo para poder tratar de forma adecuada la enfermedad que se manifestaba en uno de sus miembros, pero que no podía entenderse sin tener en cuenta las relaciones interpersonales de todos los miembros de la familia. Hess y Handel extendieron este enfoque al estudio de familias "normales" tratando de "examinar las complejidades de la organización emocional de la familia y de indicar conceptos... para investigar los procesos internos de la interacción y estructura emocional" de esas familias. Analizaron para ello con todo detalle un grupo de casos, utilizando sobre todo la entrevista en profundidad de cada uno de los miembros de la familia.

El foco de análisis es, para Hess y Handel, la relativa autonomía de la acción de cada miembro de la familia y la relación recíproca entre individuo y grupo familiar. Los autores proponen tres principios que deben guiar el análisis de la familia como unidad: 1) Los miembros de la familia habitan un mundo de su propia hechura; 2) la organización intrapsíquica de cada miembro es parte de la estructura psicosocial de la familia; 3) en sus relaciones intrafamiliares cada miembro trata de obtener en el presente y hacer posible en el futuro aquel tipo de experiencia que más le satisface.

Hess y Handel creen poder distinguir cinco principales ejes ordenadores de los procesos de interacción por los que cada miembro regula y es objeto de la regulación de la vida familiar que configuran entre todos los miembros:

- 1) El esfuerzo por establecer un patrón de separación y conexión.
- 2) La búsqueda de una satisfactoria congruencia de imágenes a través del intercambio de testimonios apropiados.
- 3) El desarrollo de "temas" o preocupaciones centrales a la familia a partir de ciertos tipos de interacción entre sus miembros.
- 4) La fijación de las fronteras del mundo de experiencia familiar.
- 5) La forma en que la familia interpreta y trata las cuestiones biosociales más importantes.

1) *El esfuerzo por establecer un patrón de separación y conexión* entre los miembros de la familia. Este proceso expresa la dualidad fundamental de la familia nuclear. Sus miembros están a un tiempo separados y unidos. Pero esa dinámica pendular toma formas peculiares en cada familia en virtud de la actividad relativamente autónoma de sus miembros. La psicosis representa el extremo de la separación o aislamiento. Una identidad o ego bien definido implica un grado normal de separación. Los grados de la conexión física, cognitiva y emocional pueden también ser muy diversos. Hess y Handel afirman que el grado de conexión que cada miembro de la familia busca establecer con los demás depende estrechamente del tipo de yo y de la relación con el mundo que pretende desarrollar.

LA FAMILIA COMO UNIDAD

Ayudará al investigador en su búsqueda del patrón de conexión-separación que cada familia va configurando al hacerse la siguiente pregunta: ¿De qué forma une o separa a los miembros de la familia esta acción o tendencia concreta?

Como puede apreciarse, el enfoque de Hess y Handel se inscribe en la gran corriente del interaccionismo simbólico y es de carácter sociológico o psicossociológico, no meramente psicológico, ya que no pretende calibrar la influencia de las motivaciones u orientaciones del actor individual sobre su acción externa, sino el influjo de aquellas en la conducta de los demás actores, es decir en la interacción. Es la capacidad simbolizante del individuo la que le permite hacer de su propio yo un objeto capaz de modificar a los otros y de ser modificado por ellos en el curso de la interacción. En consecuencia, se concede gran importancia a la acción de cada miembro de la familia como protagonista de la interacción familiar y coproductor de las estructuras de acción y de emoción del sistema familiar. El nivel de abstracción de este marco conceptual es relativamente bajo, pues, como el mismo Handel afirma, prefiere optar por el análisis de las diferencias en los procesos de interacción más bien que recurrir a la elaboración de tipologías de patrones de interacción familiar que resuman las constantes de esa interacción. Estas tipologías, sin embargo, serán el resultado normal al que abocará un conjunto de estudios analíticos suficientemente grande. Lo que Handel quiere evitar es la generalización apresurada. Su interés último se centra en relacionar variables del desarrollo de la personalidad (socialización) y los procesos de interacción familiar. En el estudio de ésta la pregunta preliminar es, para Handel: "¿Cuál es la naturaleza de los lazos que mantienen unidas a las familias?". Después se preguntará cuántas clases distintas de familias existen.

Otro interaccionista simbólico, Ralph Turner, llama "lazos" a las conexiones de diversa intensidad y carácter que se establecen por la cooperación de dos miembros de la familia en una tarea o por la gratificación que *ego* experimenta en su concepto de sí mismo al asociarse, bien por identificación bien por la interacción o trato, con otro miembro de la familia (lazos de identificación y lazos de respuesta, respectivamente).

El caso de la familia Santos ejemplifica el patrón de conexión-separación (6). Se trata de una familia puertorriqueña que emigró tres años antes de que la entrevistáramos a una zona residencial de clase media baja del Estado de Nueva York. Su nivel de vida ha mejorado notablemente desde su llegada al continente, compensando, a su juicio, los costes de la migración, tales como el no poder visitar con frecuencia a los parientes que quedaron en la isla (Sra. S.), el tener que hablar inglés (tres de las hijas), el estar siempre encerrada en casa porque sus padres no quieren perderla de vista (hija mayor, 15 años). Si la situación económica mejorase mucho en su isla —lo que juzgan poco probable—, tanto los padres como la hija mayor querrían regresar a ella. Es decir, no están dispuestos a perder el nivel de vida conseguido. La Sra. S. está particularmente satisfecha con la casa espaciosa que han podido alquilar, mucho mejor que la suya en Puerto Rico. También es-

J. L. RECIO-ADRADOS

tá contenta con las relaciones que mantiene con los maestros hispanos, la parroquia y algunas agencias de servicios sociales. La familia mantiene estrecho contacto con unos pocos parientes que viven en la zona. El Sr. S. es capataz de una fábrica y está satisfecho de la responsabilidad aneja a su cargo.

Varios de los miembros de la familia mencionan las largas reuniones familiares de los fines de semana. Entre las actividades que fomentan la conexión están la limpieza de la casa y del jardín, el ir de compras, hacer la colada, el ir a la iglesia, jugar al dominó, ver televisión, ir a visitar a una tía o, con mayor frecuencia, recibir la visita de un hermano, una cuñada o algunos sobrinos. Al Sr. S. parece fallarle la memoria cuando no menciona —como lo hace su esposa— sus visitas a sus amigos después del trabajo y el hecho de que con frecuencia vuelve tarde a casa. Más aun, la Sra. S. sabe que su marido a veces le es infiel. "Yo lo aguanto por los niños", dice. Su reacción a la conducta de su marido tiene calidades religiosas: "Cuando él pasa toda la noche fuera de casa en una fiesta y yo me quedo siempre en casa, no le digo nada. Mis problemas son míos. Yo le pido a Dios que me ayude a resolverlos". Los valores religiosos contribuyen a mantener unida a la familia S. De hecho, el Sr. S. es también un hombre religioso, aunque su conducta no sea siempre consecuente. Su padre acostumbraba a reunir una vez a la semana a la familia para rezar el rosario. Como vivían lejos de la ciudad, no siempre podían acudir a la iglesia. El Sr. S. habla así de la influencia moral de la religión: "Uno aprende en la iglesia. A veces eso le aparta a uno de pensar y de hacer cosas indeseables. Uno puede acercarse a Dios. Ya desde niño uno debe abrir su mente y comenzar a buscar el camino recto". No obstante sus escapadas, el Sr. S. pasa en casa la mayor parte de su tiempo libre: "Me he vuelto más casero. Cuando uno es joven uno vuelve a casa un poco tarde. Ahora que uno está casado, trata de estar en casa a su tiempo. Según iban llegando los niños me iba apegando más a la casa".

"A no ser que esté bebido (cosa que no parece sucede con frecuencia), mi marido es comprensivo", dice la Sra. S. Esta imagen positiva, al corresponderse con la muy positiva que el Sr. S. tiene de su esposa, es un elemento crucial de conexión: "Mi mujer se ha portado muy bien. Una buena esposa debe saber controlar al marido y llevar la casa. Debe comprender y trabajar por la unión". La Sra. S. lo hace con éxito.

También fomenta la conexión la imagen positiva que el Sr. S. tiene de sí mismo: "Un buen padre sabe cómo educar a sus hijos y cómo tratar bien a su esposa para tenerla contenta". Le gustaría que sus hijos fuesen como él porque, dice: "Yo no me considero entre los peores". Pero los lazos de identidad (que, para Turner, pueden ser de identificación o de respuesta) sólo tienen alguna fuerza entre Luis (8 años) y su padre.

La Sra. S. se "separa" del resto de su familia únicamente en cuanto se considera a sí misma como el miembro más entregado a cuidar y a preocuparse por los demás. Termina rendida la jornada. Se "separa" de sus hijas a quienes considera poco diligentes en ayudarla y de su marido que al parecer las defiende. La televisión parece contribuir más a la separación que a la conexión. Según la Sra. S., sus hijas "tienen más entusiasmo por ver la televisión que por que yo les hablé". Aunque de mala gana, sus hijas la ayudan, con todo, y desarrollan lazos de respuesta como resultado de su trato con ella. La autoimagen de la Sra. S. es la de una madre que necesita del reconocimiento de su entrega sin reservas a la familia, de los signos físicos del cariño de sus hijos y de su ayuda en los quehaceres domésticos, en especial en el cuidado de sus hermanos más pequeños. La conducta de los niños no acaba de hacer eco a estas necesidades maternas, pero al menos hay un grado considerable de congruencia entre las imágenes que ellos tienen de su madre y el modo que ellos tienen de comportarse.

Los cambios producidos por la migración han remodelado el equilibrio inestable entre conexión y separación. Para la Sra. S. la vida se ha vuelto más pesada, ya que la proximidad de su "familia de orientación" u origen

LA FAMILIA COMO UNIDAD

le permitía una existencia más alegre y descansada en Puerto Rico. También acusa la progresiva relajación de los lazos de respeto que le hacían sentir a los niños más cercanos en su isla. En el nuevo ambiente y con el apoyo de su padre, las niñas mayores han ido afirmando su independencia o separación hasta un cierto grado. Paradójicamente, los aspectos amenazadores del nuevo ambiente proporcionan ocasiones para inculcar principios de conducta sumisa y respetuosa. Se fijan estrechos límites a los movimientos de los niños. Las niñas, a excepción de la mayor, deben pedir permiso para salir de casa.

En un esfuerzo por forjar su individualidad, Lola dice que ella toma las cosas con calma, no como sus padres. De su padre dice que se ahoga en un vaso de agua. A la pregunta de si los padres deberían dejar salir a los adolescentes, contesta en un tono de protesta implícita que ella siempre ha vivido de la misma manera, encerrada en casa. Lola se queja de tener tantos hermanos ("Esto es un revolú"). No está muy contenta de tener que desempeñar un rol para el que se siente demasiado joven: el de madrecita. "Me gustaría estar ahí, contenta, sin preocupaciones...", pero tiene que hacer su parte de las tareas domésticas y hacer frente al "revolú". Comparte una alcoba con una hermana más pequeña y siente la necesidad de un mayor espacio físico e interior en que aislarse para poder desarrollar sus relaciones sociales desde el núcleo de una identidad más definida. Hay demasiadas personas exigiendo demasiado a su aún débil identidad y Lola reacciona aparentando frialdad y desapego. Por eso le gusta tanto estar fuera de casa y tiene tantos amigos. Una maestra hispana la lleva a las reuniones del Club Latino de la Escuela. Es un paso importante hacia una mayor libertad y una mejor adaptación a la nueva sociedad ambiente.

2) Otro conjunto de procesos de interacción por los que cada miembro de la familia regula y es objeto de regulación de la vida familiar es *la búsqueda de una satisfactoria congruencia de imágenes a través del intercambio de testimonios apropiados*. Este proceso tiene como inmediata implicación metodológica la necesidad de obtener datos de todos los miembros de la familia para poder comprender la interacción familiar y los patrones de conexión-separación en que la familia se configura como grupo. Ahora bien, los datos que nos interesan son los que se refieren a la interacción desde la perspectiva de los miembros interactuantes, es decir, desde la definición o imagen que unos miembros tienen de otros como objeto de su interacción.

"Una imagen de una persona es la definición que uno hace de la misma como objeto de su propia acción actual o potencial". Esto no quiere decir que en la formación de sus respectivas imágenes los miembros de la familia no sean deudores a su particular cultura y subcultura así como a las características de la persona-objeto de su interacción. Así es, pero la interacción sólo es significativa en la medida en que cada miembro elabora, a partir de una variedad de elementos incorporados en la propia experiencia, una definición o imagen de las personas con que interactúa. El concepto de imagen sirve de útil mediación entre la personalidad y la relación interpersonal. No existe una interacción unívoca que pueda objetivarse independientemente del significado que le conceden sus actores. La interacción no es sino una acción recíproca orientada por las imágenes propias y mutuas que los actores tienen de sí y de sus compañeros de interacción.

J. L. RECIO-ADRADOS

Pero los miembros de la familia desarrollan también su imagen del propio grupo familiar. El sistema de relaciones interpersonales familiares tiene como meta la congruencia de imágenes, un cierto grado de estabilidad o predictibilidad de la conducta preferida. Es decir, cada miembro de la familia se esfuerza por lograr que los demás se vean a sí mismos como él los ve. El esfuerzo por lograr una medida de congruencia no se refiere tan sólo a las imágenes reales que los miembros tienen los unos de los otros, sino también a las imágenes o versiones ideales de lo que cada uno querría ser y el otro querría que uno fuese. Las tensiones familiares se originan, sin embargo, con mayor frecuencia, por deficiencias en la ejecución de la conducta implicada por las imágenes ideales que por divergencias en cuanto a la conducta que se considera ideal.

Este proceso de ajuste de imágenes hacia un determinado grado de congruencia viene a caracterizar las familias, no tanto por el grado de coincidencia alcanzada por sus miembros —también por esto— cuanto por la orientación general de sus miembros hacia esta misma congruencia, es decir por su actitud de tolerancia o intolerancia de las diferencias —no de hecho, sino de las percibidas en sus imágenes.

Una familia en que la congruencia de imágenes es satisfactoria sirve a sus miembros de criterio de evaluación de su conducta personal, es decir, de grupo de referencia normativo. Las relaciones entre sus miembros se estabilizan. Su interacción es un intercambio de testimonio acerca de las imágenes que unos tienen de sí mismos, de los otros y del grupo familiar. En la interacción de los individuos tratan de conseguir experiencias que les resulten significativas y gratificantes. En resumen, como dicen Hess y Handel "los juicios y sentimientos de cada miembro responden ante todo a las imágenes interiores de sí mismos, de los otros y de la familia; después estas respuestas se dirigen a los demás, de forma que la vida familiar se configura dentro de los participantes así como entre ellos".

En una guía de la entrevista elaborada por Handel se incluyen preguntas como las siguientes encaminadas a detectar las imágenes respectivas de los miembros de la familia y de la familia misma con vistas a evaluar el grado de congruencia y la orientación familiar hacia la misma congruencia: ¿Cómo es su esposo? ¿Cómo debe ser una esposa? ¿Cree que Vd. cumple ese ideal? ¿Qué es lo que más le gusta de su familia? ¿Qué es lo que menos le gusta de ella?, etc.

El caso de los esposos Santos, arriba reseñado, es una muestra de incongruencia entre la imagen que el Sr. S. tiene de sí mismo y la que de él tiene su esposa. Si la incongruencia no estalla en conflicto se debe ante todo a la fortaleza de los lazos que unen a la Sra. S. con sus hijos y a la intensidad de sus valores religiosos.

La imagen de la familia cambia en un nuevo ambiente como lo ilustra el caso de otra familia puertorriqueña que emigró al Estado de Nueva York hace 5 años, forzada por la necesidad económica.

LA FAMILIA COMO UNIDAD

Los García son conscientes de las transformaciones que su familia está experimentando. En primer lugar, su nivel de vida es mucho más alto que en su isla natal. Los hijos tienen más libertad que en su tierra de origen, aunque en grado diverso según sus edades. Las oportunidades de conseguir una educación superior están al alcance de algunos de los hijos que la apetecen. Algunos valores tradicionales se han debilitado como lo muestra el que la familia haya dejado de rezar el rosario como solía hacerlo en Puerto Rico. Los fuertes lazos familiares han logrado subsistir a los impactos del cambio cultural. La familia actúa de amortiguador e, incluso en el nuevo ambiente, es todavía la principal reserva de valores y seguridad para cimentar el desarrollo de la identidad de sus miembros. "Nosotros les hemos dado orientación y guía, una especie de testamento que ellos tienen que seguir. Si luego ellos se desvían, no será culpa nuestra", dice el Sr. G. A excepción de Pedro, a quien todos los demás miembros de la familia consideran un aprovechado, todos los demás se muestran preocupados por prestar a la familia al menos tantos servicios como ella les proporciona. Los padres esperan recibir ayuda de sus hijos en cuanto estos se vayan poniendo a trabajar. El Sr. G. razona la integración y ayuda mutua en su familia: "Nosotros tenemos el mismo sistema; el matrimonio es la misma persona... hasta que Dios lo determina, sin que hayamos tenido ninguna "salida"... Los hijos, aunque estén casados, deben recordarnos si tienen "harinita". Para eso hay que enseñarlos. Los hijos deben estar para los padres porque para eso nosotros les damos la existencia por medio de Dios. No deben renegar de ellos en ninguna reunión porque los vean consumidos mientras ellos están sentados en la mesa grande".

Los hijos participan hasta cierto punto de los principios morales de sus padres. La Sra. G. dice: "Mis hijos no me dejan ir a casa de una señora que no tiene marido, pero que recibe a cualquiera". Luego señala los cambios que la vida familiar ha experimentado: "En Puerto Rico los mayores no tenían la libertad que tiene aquí. Trabajan en la factoría, compran buena ropa, miran a las muchachas... Allí solían venir a comer... Los mayores se van a casa de su hermana casada o a *parties* a casa de sus amigos. Ni su padre ni yo podemos dormir. Yo les oigo cuando llegan tarde y entonces ya me puedo dormir. No me hacen sufrir, gracias a Dios. No beben mucho. No me pasa lo que a otras madres que tienen hijos que se marchan de casa y usan drogas. Cuando vienen me dicen: "Mamá, dame de comer". Me piden la bendición al entrar y al salir... Lo único que yo les digo es que tengan mucho cuidado". Al parecer el matrimonio G. ha rebajado el nivel de exigencia educativa desde que están en el continente americano. Son bastante permisivos y el prematuro matrimonio de una de sus hijas quizá ha sido una de las consecuencias de la transformación de la familia. Han sabido, sin embargo, conservar el cariño de sus hijos y lograr una conducta relativamente ordenada de los hijos mayores que aún quedan en el hogar. En Navidades y en los días del padre y de la madre se reúnen todos los hijos, casados y solteros, pero con gran satisfacción de los padres.

3) El tercer eje ordenador de los procesos de interacción es *el desarrollo de "temas" o preocupaciones centrales a la familia a partir de ciertos tipos de interacción entre sus miembros*. Un "tema" es un patrón de sentimientos, fantasías y significados convencionales, agrupados alrededor de una determinada preocupación que reviste distintas formas en las personalidades de cada miembro de la familia. Ejemplos: la huida de la inseguridad, la dinámica de la separación, los gozos y las crisis del compañerismo, la importancia de la comunicación entre los miembros de la familia que se siente sola en el mundo, etc.

J. L. RECIO-ADRADOS

El "tema" familiar es el contenido o argumento de la interacción que tiene lugar en importantes áreas de actividad familiar. Incluye una visión u orientación general hacia la realidad y algunas formas de relacionarse con ella y de controlarla. El "tema" resulta ser una unidad de análisis de la vida familiar particularmente útil porque proporciona una forma de caracterizar al grupo familiar según importantes dimensiones psicosociales. Además, permite analizar a la familia con flexibilidad ya que no requiere el uso de categorías preestablecidas. Las relaciones interpersonales pueden considerarse como versiones particulares del "tema" familiar. La posición del individuo en la familia puede entenderse como la manera en que participa en la configuración del "tema" familiar, que es otra forma de evaluar la proporción en que su rol le es asignado o más bien es construido y asumido por él mismo en el contexto de la vida familiar. El concepto de "tema", al caracterizar al grupo familiar, también permite establecer comparaciones entre las familias.

El impacto de un "tema" sobre la estructura familiar queda ilustrado por el caso de otra familia emigrante puertorriqueña, los Hernández. El "tema" de la conversión y el compromiso religioso —"Yo siempre pongo a Dios delante de todo", dice el Sr. H.— ha penetrado con tanta profundidad en el sistema familiar que todos sus procesos han sido afectados por el mismo. "Mi familia ha ido mejorando —dice el Sr. H.— en todos los aspectos. Se ha hecho más seria. Hay más respeto y consideración..." Después de una época de serios conflictos motivados por la insistencia de la Sra. H. en regresar a su isla, el matrimonio tuvo una experiencia de conversión religiosa y, desde entonces, la Sra. H. empezó a tomar interés en los proyectos comerciales de su marido en la comunidad en que viven, adoptando una actitud de acomodación y comprensión. Ambos cónyuges fueron modificando sus expectativas mutuas y la ejecución de sus respectivos roles en un esfuerzo adaptativo. El Sr. H. mejoró sensiblemente su relación con una hijastra del primer matrimonio de su Sra., que dice de su padrastro que antes solía ser malo. José H. (9 años), preguntado por lo que le gustaría ser, dice que "quiere servir a Dios y que él nunca le hará el juego al diablo". La Sra. H. ayudaría con gusto al necesitado si tuviese los medios para hacerlo. La misma estructura familiar puede convertirse en un "tema" o preocupación central para la familia. Así la desintegración de su familia deja a Annabel Carmona (9 años) insomne, pensando en su padre que ha abandonado el hogar para irse con otra mujer. La Sra. Carmona, desesperada de dolor, dice que no volvería a recibir a su esposo, al que ve de vez en cuando, y que alguna vez le insinúa su deseo oscilante de volver con su familia.

4) Otro principio ordenador de los procesos de interacción es *la fijación de las fronteras del mundo de experiencia familiar*. Estas fronteras se establecen a lo largo de varias dimensiones: a) La diferenciación de la personalidad individual. Con el desarrollo físico y de acuerdo con las actitudes y la conducta de los miembros de la familia, crece la experiencia emocional y maduran y se diferencian los mecanismos y recursos del *ego*; b) la intensidad y c) la extensión de la experiencia que cada miembro apetece y que los demás miembros permiten o estimulan en los demás; d) la tendencia a evaluar la experiencia también es regulada de formas y en grados variados por cada familia. Los sistemas de valores pueden ser más o menos impuestos por la familia o, en el polo opuesto, el individuo es animado a evaluar y responder a los estímulos de forma espontánea y original.

LA FAMILIA COMO UNIDAD

Es evidente la relación de este cuarto proceso con los anteriores y en especial con el primero (conexión-separación). Un patrón predominante de aislamiento o separación es el resultado de un estrechamiento máximo de los límites y espontaneidad de la experiencia del *ego* por parte de los demás miembros de la familia.

El carácter recíproco o simultáneo de la fijación de fronteras a la experiencia de cada miembro de la familia por todos los demás pone de relieve de forma singular el carácter sistemático de la interacción familiar. Este carácter, por lo demás, también se descubre fácilmente en los demás procesos descritos por Hess y Handel. Un sistema no es sino la totalidad de los patrones que pueden formarse a partir de un conjunto de elementos que se relacionan entre sí según unas reglas o sintaxis (7). Un sistema estable, como la familia, incluye reglas que suponen el que ciertas variables (por ejemplo, la experiencia del mundo extrafamiliar) tienden a mantenerse dentro de límites definidos. Lo que Hess y Handel nos dicen es que esas reglas y esos límites vienen fijados por la propia familia, afirmación a la que no debe darse un carácter absoluto.

El psiquiatra Don Jackson descubrió que la familia era un sistema estable al describir el fenómeno de la homeostasis o equilibrio familiar. En la familia del paciente psiquiátrico aparecían factores de persistencia que suponían un *feedback* negativo e impedían el cambio o la mejoría del paciente. Sin embargo, también era posible la acentuación de los factores de cambio o *feedback* positivo en el tratamiento globalizante del paciente y de su familia. Dicho en los términos acuñados por Hess y Handel: aunque la fijación recíproca de los límites de la experiencia tiene una función de resistencia al cambio en cualquiera de los miembros de la familia, también es posible una actuación (aparte de los nuevos estímulos que el mismo ciclo vital presenta) que favorezca los factores de cambio y modifique el campo de experiencia de la familia y de cada uno de sus miembros. Las familias con perturbaciones patológicas, sin embargo, son las más refractarias al cambio.

También podrían expresarse tanto el proceso de conexión—separación como el de los límites de la experiencia por parte de los miembros de la familia en el lenguaje de la teoría de los roles. En un sistema de roles la unidad está representada por la relación entre las partes según la cual el cambio en una relación particular tiene determinadas consecuencias para todas las demás relaciones de rol, de forma que cada rol sólo puede describirse adecuadamente por el conjunto de relaciones correspondientes. Aquel actor de un rol tiene mayor poder que es capaz de modificar o mantener uno de los patrones posibles con base sistémica, es decir, las expectativas de rol de los demás miembros del sistema (8).

El proceso que Hess y Handel describen como la fijación de los límites de la experiencia por parte de los miembros de la familia equivalen al proceso de ejecución interdependiente de sus respectivos roles, en el que pueden distinguirse tres dimensiones principales, más o menos coincidentes con las que Hess y Handel atribuyen a

J. L. RECIO-ADRADOS

los límites de la experiencia. Para Sarbin, otro interaccionista simbólico, estas dimensiones de la ejecución del rol son: número de roles, esfuerzo e intensidad en la ejecución del rol y tiempo empleado en ella. Para Hess y Handel las dimensiones de la fijación de fronteras a la experiencia son: la diferenciación del *ego*; la intensidad y la extensión de la experiencia y la tendencia a evaluar la misma experiencia. Como se ve, ambos esquemas son similares. La semejanza casi sería coincidencia si utilizáramos el análisis completo del fenómeno del rol que ofrece Sarbin mediante las categorías de expectativas de rol, ubicación del rol, exigencias del rol, aptitudes de rol (cognitivas, motoras, específicas al rol), congruencia del yo (sí mismo) con el rol, audiencia, roles múltiples, conflicto de rol, aprendizaje de rol y efectos de la ejecución del rol en la identidad social.

También cabría subsumir la categoría de límites o fronteras de la experiencia bajo el concepto de rol tomando entonces aquellas (con las dimensiones citadas) como precisiones o especificaciones de la ejecución del rol a un nivel de menor abstracción. Pero esta interpretación del concepto de límite de la experiencia apenas se diferencia de la anterior.

Un uso menos fenomenológico y productivo es el que Parsons hace del concepto de rol. Este concepto es la categoría elemental de sus teorías de los sistemas. El rol es la unidad fundamental del sistema de relaciones sociales. Es el segmento de la acción del actor que entra a formar parte del sistema social. El rol se define por las expectativas normativas de los miembros del grupo y se orienta a la realización del sistema de valores de una determinada sociedad. Falta aquí por completo el aspecto interpretativo, creativo o improvisativo del concepto de rol y, por tanto, no se da la posibilidad de concordarlo con el empleo de conceptos tan iluminadores como los de "distancia de rol", "identificación con el rol" y otros muchos en que abunda la corriente interaccionista simbólica de la teoría de los roles y que son un precioso instrumento de análisis de la interacción familiar.

Decir que cada miembro de la familia regula las actividades emocionales, volitivas e intelectuales de los demás miembros, además de las suyas propias, significa no sólo que los roles familiares son interdependientes, sino que la ejecución concreta de cada rol es regulada por todos y cada uno de los miembros de la familia. En consecuencia, la fijación de fronteras a la experiencia afecta a la diferenciación y a la asignación de los roles.

El grado de diferenciación de la personalidad individual de cada miembro de la familia es definido y regulado por la misma familia y tiene lugar en el proceso de la socialización primaria y secundaria. A lo largo de este proceso los "otros significativos" primero le imponen y luego le proporcionan sus propias definiciones de la situación. El socializando interioriza y asume el mundo que otros han construído.

En la cultura tradicional puertorriqueña la escuela, el vecindario y las instituciones comunitarias son miradas en general como una prolongación del

LA FAMILIA COMO UNIDAD

hogar. Este hecho sugiere una tendencia a prolongar —aunque en vano— el período de la socialización primaria en que los límites de la experiencia coinciden con los del hogar. Esta tendencia explicaría la dificultad que tiene el individuo de mantener la distancia entre su identidad total y la parcela de identidad ligada a determinados roles. La socialización primaria (que tiene lugar a través de "una identificación emocionalmente cargada del niño con sus otros significativos") (9), prolongada en cuanto a su fuerte afectividad más allá de la infancia, sería un lastre inductor de relaciones sociales de dependencia. Con ello vendría a incrementarse la dependencia producida por no pocas prácticas en la crianza de los niños, especialmente varones.

Pero no son los padres los únicos que regulan la experiencia en la familia, tratando de poner fronteras o de ensancharlas. También los hijos ponen límites a la experiencia, por ejemplo, emocional de sus padres evaluándola según su propia definición de la situación. Un niño puertorriqueño de 12 años limitó, en una de las familias estudiadas, la agresividad de su madre, quería vengarse del maestro que lo había castigado injustamente, logrando persuadirla de que no denunciase el castigo al director de la escuela.

5) *La forma en que la familia interpreta y trata las cuestiones biosociales más importantes* es el último de los principios ordenadores de la interacción familiar descrito por nuestros autores. Así, por ejemplo, el significado que la familia atribuye a la diferencia de sexo como punto de referencia básico del grupo familiar. Cada familia matiza con su propia interpretación el significado prevalente en su subcultura. Otras cuestiones biosociales básicas son las diferencias entre las generaciones, la continuidad generacional, el ejercicio de la autoridad, la interacción con los hijos, el ritmo y estilo de la socialización de los niños, etc...

El "machismo" crece con singular fuerza en el terreno abonado de la precaria situación de los estratos inferiores de los trabajadores puertorriqueños.

"Vinimos —dice la madre de una familia emigrante puertorriqueña, la Sra. Arroyo— porque en Puerto Rico no teníamos casa y porque mi marido solía beber mucho. Malgastaba el dinero, se enamoraba y me maltrataba. Pero me prometió que aquí se iba a portar bien. Así que nos vinimos. Yo quería que trabajásemos los dos y ahorrásemos para comprar una casa en Puerto Rico". Pero su marido no cambió en el continente. Siguió enamorándose y tirando el dinero. "Nos separamos a los seis meses de vivir en la ciudad. Como de todas formas tenía que estar sola, no iba encima a mantener a un hombre. Ya no podía soportarle. Nunca estaba en casa". Pero la desgracia matrimonial tuvo precedente en la anterior generación: "Yo confío mis problemas a mi hermana o a mi madre —dice la Sra. Arroyo—. Yo tengo gran confianza en mi madre. Mi padre se enamoró de otra mujer. Nos abandonó cuando yo tenía doce años. Y se vino para aquí. Todo lo que él quiere es beber. Lo aprendió de sus padres. Una de mis hermanas tuvo que ponerse a trabajar en una casa cuando sólo tenía doce años. También mi madre tuvo que trabajar". Otra de las hermanas de la Sra. Arroyo está también separada de su marido. No es extraño, por tanto, que su experiencia la impulse a generalizar: "En Puerto Rico la mayoría de los maridos son así. Sus mujeres tienen problemas con ellos. Son pocos los que cumplen sus obligaciones para con sus hijos. También ayuda la situación económica. Tienen poco espíritu. No luchan por sus hijos. A los maridos de hoy no les importa nada. Sólo que ellos tengan para comer". La Sra. Arroyo tuvo un segundo marido del que también acabó separándose y actualmente la visita un amigo que es su compadre, padrino de bautizo de uno de sus hijos.

J. L. RECIO-ADRADOS

Naturalmente, las instituciones de la sociedad global tienen un profundo impacto sobre la manera como las familias abordan esas cuestiones biosociales importantes de la vida familiar. El resultado, después de cierto tiempo en la sociedad receptora, es un cierto grado de asimilación cultural. La influencia combinada de la atmósfera escolar, los grupos de amigos y los medios de comunicación social sobre las decisiones de los padres en lo que toca a la autonomía de los hijos es mediada por los significados que éstos atribuyen al sexo, a la edad, a la amistad y a la libertad, entre otras categorías claves.

Los García ejemplifican el miedo de muchos padres a que sus hijos adolescentes se marchen de casa si se les aprieta demasiado, perdiendo así el cariño hacia sus padres de modo irreparable. Dice Pedro García (17 años): "A mí me gusta la forma en que vivimos. No puedo quejarme de mis padres y hermanos. Yo hago mi parte y ellos no se meten en mi vida ni yo en la de ellos. Porque vivir en una casa en que te dicen: 'No vuelvas tarde, no hagas eso...' Yo no puedo soportar eso".

A los maridos puertorriqueños no les agrada demasiado la imagen de la relativa igualdad de los sexos que aprenden a observar en la factoría y en los lugares públicos. A menudo reaccionan frente al modelo reafirmando la supremacía masculina y caricaturizando a la mujer norteamericana.

Las enseñanzas morales de las Iglesias también reciben un significado dentro del contexto de la subcultura juvenil. La Iglesia Católica "es buena, para Pedro García, porque no prohíbe nada (cines, bailes, playa,...)" en comparación con las Iglesias Pentecostales, de moral puritana. Lleva en coche a chicas americanas a parques lejanos, pero añade: "No voy en serio con ninguna. Si nos dejamos llevar, ya tenemos la tragedia...".

Familia como unidad y sociedad global

En algunas ilustraciones propuestas (concretamente en los puntos 4) y 5) hemos visto cómo la visión holística de la familia no implica un enfoque de sistema cerrado, sino que puede completarse mediante el uso de un utillaje conceptual apropiado que permita el análisis de sus relaciones, precisamente como unidad, con la sociedad global.

El concepto de rol es el instrumento mediador que incorpora en la experiencia individual las instituciones de la sociedad. Por tanto, el análisis detallado de los roles de la familia, de los roles ocupacionales, etc., complementa la visión holística de la familia, por ejemplo, añadiendo precisión al uso un tanto vago del término "fronteras de la experiencia" (punto 4) y especificando también las formas cómo la familia interpreta y trata las cuestiones biosociales de mayor importancia bajo la influencia de las instituciones sociales (punto 5), al mismo tiempo que va incorporando estas mismas instituciones en su sistema continuamente redefinido de roles externos e internos de cada miembro de la familia. Como dice Turner: "La familia es única a causa de la regulación social bajo la que opera... La familia es única por su compo-

LA FAMILIA COMO UNIDAD

ción; pero es a través de los roles externos del varón y la mujer adultos y de los niños como muchas de las importantes influencias sociales se introducen en ella". (10).

En el presente estado de la investigación y del desarrollo conceptual, una de las formas de utilizar el marco teórico de Hess y Handel en el estudio de las relaciones de la familia con la sociedad global consiste en el uso conjunto —tanto simultáneo como secuencial— de la herramienta conceptual a nuestro alcance, es decir, la holística y la de la teoría de los roles, ambas desde una perspectiva simbólico-interaccionista. Meta de investigaciones inmediatas debería ser la formulación de proposiciones que, mutuamente relacionadas y estructuradas, vayan generando una teoría de tipo sustantivo, es decir, una teoría relativa a un área específica de investigación tal como las relaciones de la familia como unidad con la actividad laboral de sus miembros.

Ofreceremos aquí, a título de ejemplo, una muestra de cinco tipos de proposiciones que ligan una visión unitaria de la familia ("tema", orientación, estructura familiar) con una variable externa sin que anticipemos nada sobre la dirección de la causalidad:

1) Una determinada estructura familiar, por ejemplo la autoridad o dominación está relacionada con un cierto tipo de ejecución del rol ocupacional.

2) Una determinada orientación hacia la sociedad receptora por parte de los miembros de la familia emigrante contribuye al desarrollo de un cierto tipo de estructura familiar.

3) Un cierto "tema" familiar está relacionado con una determinada forma de utilizar el tiempo libre fuera de la familia.

4) El nivel de ingresos está relacionado con el cambio de estructura de la familia.

5) Un determinado "tema" familiar está relacionado con un determinado tipo de orientación hacia la sociedad receptora por parte de los miembros de la familia emigrante.

INDICE DE NOTAS

- (1) E.W. Burgess, "The family as a unit of interacting personalities", *Family*, 7(1926),3-9.
- (2) D.D. Jackson and J. Weakland, "Conjoint Family Therapy: Some Considerations on Theory, Techniques and Results", *Psychiatry*, 24, 2, Suppl., 1961, 30-45.
- (3) N.W. Ackerman, *The Psychodynamics of Family Life* (New York: Basic Books, 1958).
- (4) O. Lewis, "An Anthropological Approach to Family Studies", *American Journal of Sociology*, 55(1950), 468-475. O. Lewis, *Five Families: Mexican Case Studies in the Culture of Poverty* (New York: Basic Books, 1959).

J. L. RECIO-ADRADOS

- (5) R.D. Hess and G. Handel, *Family Worlds*, (Chicago: The University of Chicago Press, 1959).
G. Handel, *The Psychosocial Interior of the Family*, 2nd edition with a new prologue (Chicago: Aldine, 1972).
- (6) Los datos aquí aportados proceden de una investigación realizada por el autor de este artículo (bajo la dirección de G. Handel) sobre la familia emigrante puertorriqueña en el Estado de Nueva York (1974). La técnica empleada fue la entrevista en profundidad a todos los miembros de la familia mayores de ocho años, también a los hijos casados cuando vivían en un área fácilmente accesible.
- (7) D. Claessens, *Rolle und Macht*, 3. Auflage (München: Juventa Verlag, 1974), 143-4.
- (8) *Ibidem*, 145.
- (9) P.L. Berger and Th. Luckmann, *The Social Construction of Reality* (Garden City, New York: Doubleday, Anchor Books, 1967), 141.
- (10) R.H. Turner, *Family Interaction*, (New York: John Wiley, 1970), 16-17.